

Global Perspectives on US Foreign Policy, de Sally Burt y Daniel Añorve Añorve (coords.), New York, Palgrave Macmillan, 2013, 240 pp.

Fernando Barrientos del Monte*

Al finalizar la II Guerra Mundial entre los meses de febrero y agosto 1945, Estados Unidos de Norteamérica se posicionó como una de las potencias mundiales del siglo xx en competencia con la entonces Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS). De manera sintética, y solo por ser didáctico, se podría señalar que ambas potencias igualmente trataron de difundir desde esos años su modelo de organización política: por un lado el modelo liberal democrático y por otro el modelo socialista.

Estados Unidos, asumió igualmente el liderazgo de las naciones liberal-democráticas (muy pocas en esos años) contra los movimientos socialistas y las revoluciones comunistas. Estados Unidos, como señaló Louis Hartz (*La tradición liberal en los Estados Unidos*, 1955), adquirió una posición mesiánica de corte absolutista liberal, intolerante frente a cualquier sistema “no democrático” y una tendencia a asumir el liderazgo internacional en todos los aspectos en un contexto en el cual Europa quedaba dividida en el Este y en proceso de reconstrucción en el Occidente. Pero la historia mundial volvió a tener un vuelco a finales de los ochenta y la década de los noventa del siglo xx con el colapso del bloque socialista. El modelo liberal democrático, representado y defendido por EUA, quedó —al menos momentáneamente— como el baluarte ideológico y modelo a seguir por las naciones, principalmente en América Latina y Europa del Este, en las cuales se desmoronaban los autoritarismos.

La mayoría de los análisis sobre la política exterior estadounidense de finales del siglo xx y principios del XXI son elaborados por académicos que se desempeñan en centros de investigación, institutos y universidades de ese país. Incluso —se puede afirmar sin equivocación— en México y América Latina se “consume” más literatura estadounidense al respecto que de otras naciones.

Por ello el libro coordinado por Sally Burt y Daniel Añorve tiene al menos dos virtudes: por lado los capítulos que conforman la obra, están escritos por académicos e investigadores, vale decirlo “no-estadounidenses”, provenientes de países tales como Australia, Taiwan, México, Argentina, Nigeria, Bosnia-Herzegovina, e Italia, quienes abordan la política exterior estadounidense en cuatro regiones del mundo: Asia, China en específico, incluyendo Taiwán; América Latina, Argentina y Brasil; África Sub-sahariana, Europa del Este con los casos de Bosnia-Herzegovina, Serbia y Croacia, además de un

* Universidad de Guanajuato, f.barrientos@ugto.mx

capítulo dedicado a analizar las contradicciones de la política exterior norteamericana respecto de la “Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar”.

Y por otro, es un producto académico derivado de los apoyos del Departamento de Estado de los Estados Unidos para atraer a excelentes investigadores y académicos a su país, para que analicen y aporten al conocimiento “con el apoyo, con recursos” estadounidenses. Es decir, es un ejemplo positivo del *softpower* de dicho país.

Inicialmente es posible identificar dos grandes ejes analíticos en el libro coordinado por Sally Burt y Daniel Añorve: el realismo y la geopolítica. Por un lado, los textos señalan que la política exterior estadounidense está condicionada por una visión defensiva, como lo señalan los textos de Sally Burt y Kao Pei-Shan sobre las relaciones Estados Unidos-China y de You-tai Ts'ai sobre la cuestión de Taiwán, país que más ha recibido apoyo militar estadounidense y que en el contexto de la política de seguridad de Barack Obama se convierte en un dilema, dado que China, al convertirse en una potencia mundial, ve a Taiwan con mayor preocupación política y militar, más allá de los intereses económicos. Taiwán ha incrementado su interrelación económica con la República Popular China, pero al mismo tiempo subsiste una tensión político-militar derivado del amplio apoyo estadounidense a dicha isla.

La presencia de los intereses norteamericanos en prácticamente todo el mundo, dependen de la búsqueda constante de erigirse como potencia hegemónica y que en varias ocasiones ha estado caracterizada por titubeos, como sucedió durante la guerra de los Balcanes a inicios de los noventa del siglo xx. Como señala Alessandra Pinna, la política exterior estadounidense es producto de un análisis costo beneficio, no de una visión humanitaria y democrática respecto de los conflictos en esa región. El conflicto en Bosnia se convirtió en un desastre de la política de apoyo internacional, explica Alija Kozljak, debido a que Estados Unidos, teniendo como una confusa política exterior en esa región en específico después de la Segunda Guerra Mundial, influenció la dubitativa e ineficiente intervención de organismos internacionales. Estados Unidos, como potencia mundial, busca la cooperación y alianzas con otros Estados para contrabalancear a posibles Estados desafiantes, como sucede con las relaciones Argentino-estadounidenses para contrabalancear el poder emergente de Brasil. Y evidentemente, la política exterior estadounidense está condicionada por los factores espaciales no solamente físicos, sino también por percepciones y valoraciones del espacio territorial.

El libro coordinado por Sally Burt y Daniel Añorve nos da algunas luces para entender hacia dónde podrían dirigirse las acciones de la política exterior estadounidense para enfrentar el creciente poder de China por ejemplo, no solamente en Asia, sino en todo el mundo. Representa un desafío abierto y sin cortapisas de una nación no-democrática, pero con un poder económico que precisamente en noviembre de 2013 ha aceptado abiertamente en el seno del partido comunista los principios de la economía liberal. Estados Unidos al parecer, está apostando por la difusión de los valores liberal democráticos, una estrategia que implica ganar primero en el terreno de las ideas antes que en la fuerza.

Pero por otro lado, también se observa que EUA no tiene una política exterior, más bien, tiene varias políticas exteriores, si es que cabe la idea. A cada región, a cada problema, las respuestas han sido diferentes —incluso en un territorio tan acotado como los Balcanes, como muestra el capítulo de Alessandra Pinna— o como sucede con un importante instrumento como es la “Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar” y otros tratados que EUA promueve pero no firma o ratifica. Empero, a pesar de la diversidad de “políticas exteriores”, permanece el aspecto “seguridad” producto del “miedo” generado por los ataques del 11 de septiembre de 2001. La política exterior estadounidense, nos dicen los autores, por un lado genera esperanzas, pero por otro miedos, por un lado es una sana competencia por mantener vivos los mercados y por otro una intervención por controlar aquellos dónde imperan sus intereses.

